

El imperio de los leones

SEBASTIÀ BENNASAR



Historia inspirada en una de las bandas mafiosas francesas que han operado en nuestro país desde los años setenta hasta la actualidad. El autor escarba en lo más profundo del alma humana con una obra clave del género negro contemporáneo. La obra ha exigido la documentación e investigación del origen y evolución de estas bandas. La podemos describir como una «no ficción literaria». Es sin duda la obra más sólida del escritor Sebastià Bennasar.

En 1972 Jean Neige y su banda preparan el golpe que los tiene que consolidar como uno de los grupos criminales más peligrosos de Francia. Pero hacerse con el control de la mafia en Lyon es un largo camino de sangre que justo han empezado a recorrer y que los conducirá a urbanizar la Costa Brava, controlar la prostitución de media Europa y también el tráfico de hachís, entre otras cosas. La banda, siempre con un pie en sus negocios ilegales y otro en los de dudosa reputación como la construcción, en el 2006 se ve en una encrucijada. ¿Podrá el hijo de Neige, el heredero, mantener el clan en la cima del poder?

Con esta historia, inspirada en algunos de los clanes mafiosos franceses que han operado en nuestro país desde los años setenta hasta hoy, el autor se zambulle en lo más profundo del alma humana con una obra clave del género negro contemporáneo.

Para Josep Forment, siempre con nosotros

*Para Anna, que siempre ha creído en ella
y que siempre ha insistido para que la escribiera*

*Para mi amigo Àlex Martín, que se merecía una
historia larga
como el diluvio volviendo de Aix-en-Provence*

—Son cosas nuestras, ya lo saben: aquí no hay
policía,
no hay gobierno, e incluso Dios solo está a ve-
ces.

MIA COUTO,
La confesión de la leona

PRIMERA PARTE

FRANCIA

CAPÍTULO 1

LAS SEIS BALAS DE LA BESTIA AFRICANA (1972)

Jean Neige tenía una sola misión. Conseguir la llave que abría la caja fuerte de la sucursal del Crédit Lyonnais. Les había prometido a sus hombres que aquello era cosa suya. Que no tardaría ni un minuto. Localizó el coche del director de la sucursal y le ordenó a Michel Aubriot que lo siguiera con la moto. Cerca, pero sin que sospechase nada. Diez minutos después llegó el semáforo. En la calle de Clemenceau. A Jean Neige le daba un poco de rabia que todas las putas ciudades francesas tuvieran su calle en homenaje a aquel gran hombre, pero era de una gran utilidad. Siempre podías quedar con alguien en la calle de Clemenceau de cualquier poblacho del país. Le pidió a Michel que acercase la moto a la puerta de atrás del coche. Estaban los hijos del director del banco. Un niño y una niña. Diez y ocho años. La madre iba en el asiento delantero. Bajó de la moto, abrió la puerta donde estaba el hijo del director, que antes de poder reaccionar ya se encontró con un revólver en la rodilla. Un segundo más tarde, Jean Neige había disparado. Primera bala. El disparo perforó la pierna, el hueso, se clavó en la tapicería del asiento. El niño se desmayó treinta segundos más tarde. Antes, Jean Neige había tenido tiempo de poner el arma en la rodilla de la niña y de pedirle a su padre que le diese la llave que abría la caja fuerte. El hombre se la dio sin ninguna resistencia. Error. Segunda ba-

la. El director de la sucursal vio cómo el revólver se movía desde la rodilla de su hija en dirección a su cabeza. Se movió. Aquello le salvó la vida. El tiro no fue directo a la nuca, sino que se le clavó por encima de la espalda, muy cerca del cuello, y se hundía hacia algún lugar desconocido de su cuerpo. Jean Neige le pasó la llave a Michel Aubriot, que arrancó la moto y se fue a toda leche. El niño todavía no se había desmayado cuando Jean Neige disparó la tercera bala. La mujer del director del banco impactó contra la ventanilla lateral. No había habido error. El director del banco habría chillado, pero seguramente la segunda bala le había llegado a los pulmones, o a la tráquea, o vete a saber dónde, pero no conseguía articular los sonidos. Jean Neige se sentó al volante del coche. Lanzó al director contra su mujer y arrancó. Condujo hasta un aparcamiento subterráneo cercano a la estación de trenes. Dejó el coche bien aparcado. Entonces vio que el director todavía se movía. Cuarta bala. Esta sí que le atravesó la cabeza. Punto final. Se acercó a la niña.

—Tranquila. No te pongas nerviosa y todo irá bien.

La niña no podía ni hablar. Se había meado encima.

—Bájate los pantalones.

Ella no quería. O no podía. Él se los desabrochó y los bajó hasta los tobillos. Le acercó la pistola a la rodilla.

—Así es mucho mejor, no se te infectará la herida. Mejor dicho, las heridas.

Quinta bala, rodilla derecha. Sexta bala, rodilla izquierda. Jean Neige salió del aparcamiento, tiró el revólver en una bolsa de basura y sacó un billete para Villefranche-sur-Saône. Le sobraron cuatro minutos para llamar a la policía y advertirlos de que había un coche con heridos en el aparcamiento.

Michel Aubriot condujo la moto hasta el lugar de reunión. Tenían una hora antes de que nadie notase que el director

no había ido a trabajar. Una hora es mucho tiempo si tienes la llave que abre la caja fuerte. Sería rápido. Entrar, abrir, coger los francos, salir. Michel Aubriot habría seguido a Jean Neige hasta el infierno si se lo hubiese pedido. Y Jean Neige lo sabía. Por eso le había confiado la ejecución del atraco. Cerca del río estaba Sébastien, al volante de un Peugeot 504 con el depósito lleno de gasolina. Lo había robado la noche antes en Grenoble, había conducido hasta el pequeño taller que tenía en las afueras de la ciudad, le había cambiado las placas de la matrícula y lo había dejado en perfecto estado de revista. Era un buen coche. Lástima que, con toda seguridad, acabarían deshaciéndose de él. Se saludaron con un movimiento de cabeza, pero Michel continuó andando. En la puerta del banco estaba Luigi Colomba, que tenía solo diecisiete años. Era hijo de inmigrantes italianos que habían llegado a Lyon huyendo de la miseria y la pobreza de las fábricas italianas. Era joven y suicida, y en toda banda de atracadores que se precie tiene que haber alguien al que le dé igual morir. Dentro, esperando para ser atendido, estaba René. Nadie sabía nada de él. Simplemente era René. No hacía falta preguntar nada más, estaba en la banda desde el principio y si Jean lo quería nadie lo sacaría fuera.

Michel y Luigi entraron en el banco. René dejó la gestión que hacía en el mostrador y encañonó al guardia jurado. Luigi también sacó la escopeta recortada de su bolsa de deporte y disparó al techo.

—Todo el mundo al suelo, esto es un atraco. A los héroes me los como con patatas después de haber meado en su calavera, ¿comprendéis? —El italofrancés acababa de incrementar el repertorio.

A Michel le gustaba la pasión que Luigi ponía en los atracos, su efectismo, como si pensase que los clientes, además de mearse en los pantalones, tenían que poder recordar que habían vivido una escena única. Vete a saber de dónde coño sacaba aquellas frases que soltaba cada vez

que cometían un atraco, pero tenía que reconocer que eran de lo más efectivo. Nunca solía haber héroes.

Un minuto más tarde, los atracadores llegaron a la caja fuerte. Los empleados sabían que nadie la abriría si no tenía las dos llaves, y esperaban tranquilos. Hacía falta la que les acababa de dar el apoderado y la del director, que todavía no había llegado. Pero aquellos chavales tenían la segunda llave, y el que parecía ser el jefe llenaba las bolsas con todos los francos que conseguía arramblar. Tres bolsas de deporte, de lona, grandes. Les dio una a cada uno, o como mínimo eso es lo que confesarían aquellos que habían podido ver algo de refilón, porque ante la amenaza de las escopetas recortadas nadie había levantado la cabeza más de un palmo del suelo.

Cinco minutos después de la entrada de los hombres en la sucursal, los atracadores volvieron al Peugeot verde, que salió disparado. Lo dejaron tres esquinas más abajo. Después, se separaron. Se fueron a las habitaciones de buenos hoteles de la ciudad, se cambiaron de ropa, repartieron el dinero en maletines y esperaron. Dos días.

Jean Neige se fue a casa de sus abuelos en Villefranche-sur-Saône. Les había dicho que iría a visitarlos y que, si no tenían inconveniente, se quedaría a pasar el fin de semana. Era viernes y los abuelos estuvieron encantados de tenerlo en casa. Desde que toda la familia había vuelto de Túnez, veían menos de lo que querrían a Jean. Los padres del asesino se habían instalado primero en Lyon y después en Grenoble, pero los abuelos habían decidido invertir el dinero norteafricano en un pequeño negocio de exportación de Beaujolais y por eso se habían quedado en aquel pueblo, desde donde enviaban el vino a Suiza y el norte de Italia. Jean se había quedado en Lyon para cumplir el servicio militar y acabar sus estudios. El abuelo había tenido el detalle de venir a recogerlo a la estación.

—Hola, hola, buenos días. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, abuelo. Tienes muy buen aspecto.

—Tú, que me miras con buenos ojos. Me hago mayor a toda máquina.

—Anda ya, no digas eso, si estás hecho un chaval
—mintió Neige, consciente de que aquel juego de mentiras, réplicas y contrarréplicas entusiasmaba a su abuelo.

En diez minutos estuvieron en casa. La abuela los esperaba en la puerta.

—Buenos días, rey.

—Hola, buen día.

La casa de aquellos dos viejecitos entrañables que habían currado toda la vida en el norte de África para conseguir su sueño era el refugio preferido de Jean. Solía ir después de los atracos importantes, pero empezó a pensar que a partir de entonces necesitaría otro refugio, una casa solitaria a donde poder ir con tranquilidad. Había cruzado una línea roja con aquellas acciones sumarias y no quería perjudicar a su familia si llegaba el día en que tenía que enfrentarse a la policía. Él no era hombre para ir a la cárcel, o como mínimo no lo era para ir sin antes intentar evitarlo y vender cara su detención. Aprovechó para llamar a sus padres. Se verían todos el domingo en casa de los abuelos para celebrar el cumpleaños de su hermana pequeña. Ya había cumplido los quince.

Jean oyó la noticia del asesinato del director de la sucursal y de su mujer por la radio. Los abuelos no tenían televisor ni querían, preferían la radio e ir al cine de tanto en tanto. Los dos niños sobrevivirían. Cojos pero vivos. Justo después dieron la noticia del atraco. Limpio, sin incidentes. Tres chicos jóvenes. El botín, cuatrocientos sesenta mil francos. No estaba nada mal. Lo dividirían como siempre. Una tercera parte para él, que por algo había conseguido todos los datos. Una tercera parte para el bote común de gastos. Y otra tercera parte repartida entre cada uno de los otros miembros de la banda. Hizo un cálculo rápido. Unos treinta

mil dólares para él. Jean Neige siempre pensaba en dólares. O en marcos alemanes. O en libras esterlinas. Monedas fuertes que hacían que los atracos valieran la pena. En los últimos dos años había conseguido ahorrar unos veinticinco mil dólares, quince mil marcos y tres mil libras esterlinas, así como unos veinticinco mil francos. Lo tenía todo diversificado. Los dólares en un banco de Andorra, los marcos en Suiza, las libras en un banco de Milán y los francos en dos cuentas francesas. Tal vez había leído demasiadas novelas de espionaje, pero Jean Neige tenía claro que no puedes tener todos los huevos en el mismo cesto. Se acaban rompiendo.

—El mundo está cada vez peor, ya no sé dónde llegaremos.

La voz de la abuela lo devolvió a la realidad. Él sí que sabía dónde llegarían. Donde él quisiera. Salió a dar una vuelta por Villefranche-sur-Saône. Los abuelos le habían hecho un encargo: querían cambiar la puerta del garaje. Él se encargaría aquel fin de semana, pero necesitaba algunos materiales. Aprovecharía para comprar el periódico y buscar en los anuncios clasificados si se vendía alguna propiedad que le pudiese ser útil. Necesitaba un piso franco y ahora tenía suficiente dinero como para poder comprarlo al contado. Aunque, pensándolo bien, lo mejor que podría hacer era comprar algo en un pueblo pequeño. Volvió a casa con todo el material. Por la tarde irían con el abuelo a buscar la puerta que necesitaban. Después de comer, Jean se echó un rato con el periódico en las manos. Y encontró lo que quería, una pequeña casa en Saint-Nizier-le-Désert. Allí donde san Pedro perdió las sandalias. Ideal. Tenía suficiente dinero en el banco para pagar la entrada y una parte importante de la casa. Y podía pedir un préstamo poniendo como aval los dólares de la cuenta andorrana. Sí. La semana siguiente se encargaría de ello. De momento llamaría a los propietarios e iría a ver la casa. Al día siguiente.

Cuando el martes se encontró con el resto de miembros de su banda, Jean Neige ya era el feliz propietario de una casa de piedra en medio del pueblo de Saint-Nizier-le-Désert. La situación era perfecta, un lugar donde todo el mundo lo pudiese ver que sirviese para justificar que pasaba allí muchas temporadas. En poco tiempo todo el mundo sabría o pensaría que Neige era un joven propietario que trabajaba en Lyon pero que siempre que tenía la oportunidad iba al pueblo porque le gustaba el ambiente y porque cultivaba unos tomates espectaculares, algo que sin duda pensaba hacer, porque uno de los sueños de Jean Neige siempre había sido tener un pequeño huerto y una casa propia en la que poder descansar con tranquilidad y donde poder plantar verduras que tuviesen gusto de verduras y no las mierdas que compraba en los mercados. Incluso, si las cosas iban bien, acabaría sus estudios de Periodismo.

Neige se había matriculado en la universidad para tener la posibilidad de conocer más de cerca a las clases dirigentes de la ciudad, pero al final le había pillado el gusto al periodismo y muchos días iba a clase por puro placer. Y eso que se había matriculado porque había visto que era la carrera en la que había más chicas matriculadas después de Magisterio —se había planteado apuntarse, pero Neige no tenía alma de profesor— y sobre todo porque había una que le interesaba especialmente: Julliette Leonard, la hija pequeña del general Leonard, que había estado destinado en Argelia y que al volver había decidido alejarse de los ambientes de expatriados de Marsella y de Perpiñán e instalarse algo más al norte, en el Lyon familiar. Julliette Leonard era la personificación perfecta de la belleza, y a pesar de saber que era un objetivo casi imposible para un atracador de bancos reconvertido en universitario, le gustaba pensar que durante nueve meses al año empezaría el día viendo su sonrisa y, en verano, sus piernas perfectas. Eran

motivos más que suficientes para matricularse en la facultad.

Hacía ya nueve años que Jean estaba en la Francia europea. Para él, el general De Gaulle era un tipo miserable que los había traicionado y que se cagaba en los pantalones cada vez que los moritos montaban alguna. Por eso en su banda no había ni árabes ni negros. El medio italiano de Luigi era la máxima concesión a la multiculturalidad que pensaba hacer. Siempre acababan discutiendo sobre lo mismo, con la banda, en Chez Bruno, el local de la calle de Émile Zola en el que se juntaban durante horas y horas para beber cerveza mientras iba pasando el tiempo.

—Os digo que no, que no ficharemos a ningún negro y mucho menos a ningún árabe hijo de puta. Lo haremos nosotros solos, como siempre.

—Pero, Jean, si ahora mismo son los putos amos.

—¿Los putos amos de qué? ¿De trapichear con heroína y hachís? ¿Los putos amos de qué? ¿De algunas putas que no nos follaríamos nunca porque no hay nada como follar con una francesa? ¿Los putos amos de qué? ¿De los atracos a gasolineras y tiendas? Seamos serios, señores, somos atracadores de bancos, nuestro modelo es John Dillinger, no los jodidos Bonnie y Clyde en versión musulmana. Coño, que les llevamos la civilización y quisieron sacarnos de nuestra propia casa. No, señores, nosotros tenemos que ser sus putos amos.

Cuando Michel Aubriot le hacía notar que con aquellos planteamientos se acercaba bastante a las ideas supremacistas y raciales de Hitler, Jean se encendía. Una vez casi habían llegado a las manos porque él solo odiaba una cosa mucho más profundamente que a los árabes: los alemanes.

—Por su culpa y por Alsacia y Lorena dejamos de ser un imperio. Por culpa de estos hijos de puta, en la Primera Guerra Mundial perdimos una generación perfectamente formada de jóvenes como nosotros en las trincheras; por su culpa entramos en decadencia después de la Segunda

Guerra Mundial. No sabes lo que dices. Mi abuelo estuvo en Verdún y mi padre en las Ardenas. No me digas que me parezco a un puto nazi porque si vuelves a decirlo tendré que matarte con mis propias manos para limpiar el honor de mi familia. Yo quiero Francia para los franceses, y a los alemanes, empalados a cuarenta grados bajo el sol africano.

Michel Aubriot aprendió muy rápido que sobre aquel tema no se podía discutir con su jefe, que tenía un cerebro sucio para la política, pero que a la vez era un genio preparando los golpes y los asaltos, y eso era lo que importaba. A Michel Aubriot no le interesaba la política, le interesaba el dinero. Había nacido en Lyon hacía veinticinco años y hasta que no conoció a Neige siempre había sido un pelacañas. Eso sí, tenía los dedos más rápidos de la ciudad y una flor en el culo. Había días que levantaba más de diez carteras y nunca lo habían atrapado. Tal vez contribuía el hecho de ir siempre bien vestido, con corbata y bien peinado, y con un libro en las manos. A Aubriot leer le volvía loco, era totalmente omnívoro en sus lecturas y había descubierto que nadie desconfiaba de un tipo que llevaba un libro en las manos y vestía decentemente, a excepción de si el libro era de un escritor comunista o de un escritor simpaticante con el mayo del 68, pero a él le gustaban los clásicos, y llevar libros de Flaubert bajo el brazo aún otorgaba un aire de distinción.

Después del atraco, Michel había cogido una parte de su dinero y se había escabullido en un pueblecito de los Alpes donde iba a leer y escribir. Siempre alquilaba una habitación en el mismo hostel y llegaba en autobús. En el pueblo se había granjeado una fama de escritor pobre que se dedicaba a las traducciones y a las pruebas de estilo para pequeñas editoriales francesas cuyo milagro era su propia existencia, pero, en realidad, lo que hacía Michel era encerrarse allí arriba con su máquina de escribir portátil —un regalo de su padre— y escribía algunos relatos breves que